

de la humanidad; no tiene de verdadero más que la reaccion contra un dogma que, á fuerza de espiritualizar al hombre, lo mata ó lo hace hipócrita. Los materialistas tenían razon en combatir el espiritualismo desordenado, que hacía decir á Pascal que la enfermedad es el estado natural del cristiano; tenían razon en rechazar un concepto de la vida que condujo á Pascal á suicidarse, azotándose. Sí; la religion del placer es más verdadera que la religion de la flagelacion, como dice un ingenioso discípulo de Hegel. El placer está en la naturaleza; proviene, pues, de Dios, abre el alma á todos los buenos sentimientos de piedad, de caridad, de amor, hasta de sacrificio y de abnegacion, al paso que la devocion cristiana conduce al desgraciado que se entrega á ella al desierto ó á algun claustro; si continúa en la sociedad de sus semejantes, por lo ménos huye de ellos; no se preocupa más que de su salvacion, y como está convencido de que no hay salvacion fuera de la estrecha Iglesia en que se encuentra aprisionado, detesta de todo corazon á los que no participan de sus creencias; la caridad, que tiene siempre en los labios, no se manifiesta más que por el odio. ¿Se equivocaban los incrédulos al censurar una religion que transforma los hombres en deformes caricaturas? (1).

Ahora que sabemos por qué los incrédulos han venido detras de los filósofos cristianos y de los deístas, podemos reconciliarnos con su ateísmo. No es, como dicen los modernos ortodoxos, el último término á que conduce toda filosofía; más exacto sería decir que es el abismo á que conduce el catolicismo. Se dirá que esto es una calumnia, y que el que usa este lenguaje es un enemigo del cristianismo. No, los que lo dicen son pensadores cristianos. Ya un contemporáneo de los filósofos, el piadoso Semler, ha tomado la defensa de los incrédulos, por más que no hubiese cosa que le fuese más antipática que la incredulidad: dice que sus escritos hacen más bien que mal, porque sus golpes no recaen más que sobre el cristianismo de los teólogos, y no sobre la religion de Cristo (2). Un ministro unitario, Parker, ha hecho la misma justicia á los filósofos del siglo XVIII; no toma al pié de la letra sus

(1) FEUERBACH. BAYLE (*Werke*, t. VI, p. 167).

(2) SEMLER, *Versuch einer freieren theologischen Lehrtant*, p. 77.

ataques contra la religion, porque no es á la verdadera religion á quien hacen la guerra, la desconocian; no conociendo más que una forma de cristianismo, la religion católica, confundieron esta forma pasajera con la esencia; en realidad ellos destruyeron la religion romana; y en realidad esta destruccion era necesaria, era preciso hacer tabla rasa de las supersticiones para dejar lugar á un nuevo edificio, al cristianismo progresivo. Si se han extralimitado, si han tenido dudas acerca de las verdades fundamentales de toda religion, se ha de compadecerlos, pero no criticarlos, porque la duda es un sufrimiento, y tal vez el mayor de todos. En este sentido puede compararse á los incrédulos con los mártires; éstos han sufrido tormentos físicos para fundar una religion nueva; aquéllos han sufrido tormentos morales para preparar un nuevo desenvolvimiento de la religion (1).

El nombre de Semler, el de Parker, serán sospechosos á nuestros ortodoxos; en la pequeñez de su espíritu no comprenden que haya un cristianismo fuera de su pequeña Iglesia. Citarémos otra prueba más: es verdad que está tambien tomada de la reforma, pero Vinet es tan afecto á las creencias esenciales del cristianismo, que sería preciso ser más que ortodoxo para negarle el título de cristiano. Oigamos la opinion que un hombre de profunda fe emite acerca del jefe de los incrédulos: «Voltaire desempeñó el papel para que habia sido enviado. Voltaire ha destruido. Recuerda á aquellos devastadores de las naciones, que recibian, como Genserico, esta consigna: *Vé hacia los pueblos, á donde sopla la cólera de Dios*. Ha destruido lo malo y lo bueno. En este mundo van entrelazados, y no se puede destruir al uno sin tocar al otro. Por otra parte, se ha atribuido á Voltaire la gloria de toda aquella destruccion, pero no se tiene en cuenta que todo perecia, que no ha matado más que á un moribundo. Dejando sola á la gangrena, hubiese durado algun tiempo más, y hubiera acabado del mismo modo; él solamente ha apresurado los tiempos y transformado en enfermedad aguda una enfermedad crónica sin remedio. Un síntoma infalible del mal era la debilidad del bien. Se dice que Voltaire ha destruido la fe, la moral, el cristianismo.

(1) PARKER, *Werke*, t. IV, 290, 292.

¿Pero dónde estaban la fe, el cristianismo? ¿No había desaparecido todo esto en tiempos de Luis XIV? Repárese en el estado del partido que Voltaire batía en brecha. Toda la Iglesia galicana, toda la Iglesia reformada no han podido oponerle ni un hombre. La ciencia teológica no se había renovado desde Bossuet; faltaba filosofía á los defensores del Evangelio, que es también una filosofía; por encima de todo, faltaba la vida. Los escritos no hubieran cambiado el siglo, se necesitaba la energía de la acción. Después de todo, había una venganza que llevar á cabo, una justicia que cumplir, siglos enteros que expiar. El cristianismo, al hacerse poder de la tierra, había recibido en sí el elemento corruptor y dictado su propia sentencia; era preciso enviarlo al desierto. *Todo el trabajo de Voltaire ha sido una necesidad y una preparación* (1). Estamos conformes con Vinet, sólo que no entendemos la preparación como él; creemos en un cristianismo perfectible, progresivo, y no en una religión ideal predicada por Cristo.

§ II. — Los deistas y la revelación.

N.º 1. — ¿Qué es el deísmo?

La palabra deísmo es un término muy vago, que puede aplicarse á las más contrarias opiniones. En un sentido, los cristianos más ortodoxos, reformados ó católicos, pueden llamarse deistas. En otro, á los ojos de los celosos, deísmo es sinónimo de incredulidad, y casi de ateísmo. Los deistas ingleses no han ocultado su bandera, se llaman libres pensadores. Uno de ellos ha escrito un *Discurso sobre la libertad de pensar* (2), y todos han permanecido fieles á esta doctrina. Hemos encontrado ya el libre pensamiento entre los filósofos que pretendían identificar la fe y la razón. No hay pensador más intrépido, más libre que Descartes, dentro de ciertos límites. En el terreno de la filosofía no quiere aceptar más que lo

(1) VINET, *Historia de la literatura francesa en el siglo XVIII*, t. II, p. 172.

(2) COLLINS.

que su razón le demuestra con evidencia; pero todo el atrevimiento que muestra como filósofo, se convierte en pusilanimidad en cuanto la filosofía se relaciona con la fe. En cuanto se trata de la revelación, Descartes cree ciegamente, ¿qué digo? renuncia hasta al uso de su razón, en las cuestiones científicas, cuando la Iglesia tiene á bien imponerle silencio en nombre de la fe. Esto era á la vez una inconsecuencia y una abdicación de los derechos de la razón. Los deistas ingleses, más lógicos, proclamaron la libertad absoluta de pensar; su misión fué hacer extensivo á la religión el principio de la evidencia que Descartes quería limitar á la filosofía.

Oigamos á uno de los más bellos genios que han ilustrado el deísmo. Shaftesbury dice que la libertad de pensar es esencial en el espíritu humano: el hombre no tiene más misión que trabajar por su emancipación, porque no es hombre, en toda la plenitud de su naturaleza, más que cuando es libre. Debe, indudablemente, como dicen los teólogos, amar á Dios y adorarle; pero este amor, esta adoración, exigen la libertad más completa. ¿Se concibe un amor de encargo, un culto obligado? ¿Es amar obedecer como esclavos á una ley que nos amenaza con una pena? ¿Es adorar á Dios el practicar un culto por la esperanza de una recompensa? Sería lo mismo que decir que los esclavos aman á su señor porque se doblegan bajo el látigo; que le adoran porque le lisonjean para alcanzar algún placer ó un goce cualquiera. Shaftesbury compará los cristianos con los mendigos que rodean algún coche; los novicios se contentan con dar tratamiento de *señor* ó *señora* á aquellos á quienes piden; los viejos, los acostumbrados ya, tienen siempre en los labios las palabras de *lord* ó de *lady*, y discurren de este modo: si efectivamente va algún verdadero *lord* en el coche, nada perdemos; y si no va más que algún comerciante, gozará al oírse llamar *mylord*, y la limosna será más abundante. ¿Acaso Dios quiere ser tratado como un comerciante? ¿Exige que los hombres, á los cuales ha dado el bello dón de la libertad, se hagan esclavos voluntarios para agradarle? ¿Puede darse concepción más innoble de la Divinidad, y es posible rebajar más á los hombres, á quienes Dios ha creado libres? (1).

(1) SHAFTESBURY, *Characteristics of men*, t. I, 322 y 323.